

Señora M. Flora Jáñez de Echeverría.
Presente.

Distinguida señora,
oportunamente me llegó a las manos la colección de relatos que Ud. ha titulado "el Estarqué". De ante- mano prisionero de otros compromisos, no pude imponerme en el acto de su bello libro. Pero acabo de hacerlo; y me apresuro a enviarle mis cordiales parabienes por estas apasionantes narraciones con que Ud. añade un delicado florón a nuestras letras.

Tienen los tres cuartos aquí reunidos por Ud. primorosas cualidades literarias de fondo y de lenguaje, que la revelan a Ud. como fina y sutil artista a la vez que como aguda psicóloga y analista de las almas, la propia y las ajenas.

Para hacer más veraces e íntimas estas relaciones y - si cabe decirlo - mantener aún más distinto de su obra al autor, hace Ud. referir directamente sus historias a los protagonistas; es decir que escuchamos a los actores mismos, no al novelista que las concibió. Así quieren éstas así mayor personalidad y relieve, y puedan algunos de sus rasgos e impulsos quedar nebulosos, inexplicables u oscuros - como de natural lo son - sin que pueda ello imputarse a quien les dio vida.

Verdad es que estos individuos a quienes hace Ud. actuar ante nosotros no son seres adocenados y vulgares: son almas raras, distraídas de nuestro mundo social o que a él llegan

como por azar, en la busca eterna e infructuosa de un ideal, de la primavera. Vagan por el mundo como por un paisaje de ensueño, en gran medida ajenos a la dura realidad, a veces en pugna con ella. No es que no sufran como los demás mortales, no, por cierto; sino que es la de ellos pesadumbre más alta, honda y con raíces de misterio; y tanto, que de alguno de ellos puede afirmarse que ignora o nos deja ignorar cuando osamos el origen y violencia de los impulsos que lo mueven y que funestamente lo arrastran a la muerte. Que tal es el común desenlace de estas oníricas existencias.

No quiero con ello significar que los personajes sean imposibles o quiméricos, ni mucho menos. Pero son creaturas extrañas a nuestro ambiente, inadaptadas al medio que las alberga y en que se sienten prisioneras. Todo esto lo deja M. entender o vislumbrar con grandes precisión y energía de estilo, en frases amplias y grandilocuentes en que anteloa suprema luminosidad. Tal impresión me producen, por ejemplo, algunos párrafos que leo en las páginas 71-72-89 a 92, 107 y 110. Más que prosa es poesía ésta transmutada en tal por la fuerza e intensidad de la visión.

En ocasiones, no le bastan a M. el caso, el sentimiento individual: amplía, generaliza el afecto o la emoción. Y la historia asume caracteres y esencia de símbolo, como en el postero de sus cuentos, y entonces con segura mano de artista maneja y elabora la materia mítica, dándole coherencia y afinación ante vida; todo un acierto!

Tengo lo que más admiro en estos premitas es la simplicidad con que M. presenta y nos hace acoger como sencillo y regular, como de normal psicología la serie de juicios y de raros, casi

delirantes cantares que describen los aciagos personajes, fatidicos, marcados por el destino para el finebre descaluce. En persecución de tal efecto, no se limita W. a ponerles en los labios las adecuadas palabras, sombrías, ominosas, de recóndito alcance, sino que los infunde y arraiga en la naturaleza inmensa e imposible, armonizando las impinturas, avasalladoras fuerzas con las íntimas ansias e inquietudes de los personajes. Así el multiforme panorama - con sus árboles, y flores y colinas, con el murmullo y colaprios de las aguas y con los celestes arrebos - condiciona casi los tempestuosos apertos que engendra y que convulsionan esas almas de misterio y de tragedia. Y no sólo éstas, el propio lector se siente cogido por las obscuras y vagas pero irresistibles influencias que con arrebatado ímpetu lo fuerzan a recordar algún simbólico o fantástico relato de Eduardo Poe. Gishin, Tcha son, en cierto aspecto, lo que son - espíritus desviados de la universal rutina - precisamente porque hallan en las mil figuras y voces de la naturaleza un eco a sus propios sentires, ideas y emociones. Esa intrínseca y vibrante raíz de la sensibilidad en efervescencia, W. la pinta con enérgica sobriedad de lenguaje, con substantivos de insuperable virtud pintoresca y audaces conjunciones de epítetos, tal como lo haría un maestro francés del género. Claro está, me parece, que W. mucho conoce aquella literatura y que siempre la tiene a la vista cual modelo. Con lo cual no pretendo, ¡ni mucho menos! desconocer toda la originalidad y lo novedoso, toda la tenaz energía y el estro individual que W. imparte a sus dramáticas creaciones. Al contrario, no creeria yo ser justo si no insistiere en mostrar cuanto hay de vigor elevado hasta la poesía en la oratoria de sus actores. Algunas palabras de ellos resuenan como explosiones del sentimiento; a ratos, en fuerza de la intensa expresión; la frase

ardor y brillo, alumbrando hasta los más secretos rincones de las almas. Me apresuro a agregar que ello se logra con cierto desmedido del albedrío que uno imagina atributo esencial del hombre; los personajes de estos breves dramas actúan con ciertos fatalismo e inconsciencia que dejan la voluntad a merced de los impulsos de la pasión y de no sé yo cuales inercias, indefinidas tendencias pre-natales y quasi-cósmicas. No ofrecen el amplio, sereno y estimulante espectáculo de la libertad humana en franca lucha con ella misma y con el mundo externo en pro de su destino.

En definitiva, si hubiere yo de calificar este bello libro de M., diría que, — guardadas las necesarias proporciones, — es el de un espíritu francés que escribe en castellano, como quien dijera el de unos flaubertianos Trois Contes narrados por autor chileno. (Entre paréntesis: observe Ud. la curiosa coincidencia de que también sean Tres cuentos los que aquí nos obsequia Mari Jay.)

Mas, a todo esto, ¿cuales son esas proporciones bajo las cuales la obra de M. queda superada por otras? Pues precisamente las que destacan y realzan a Flaubert sobre todo posible escritor: la cabal, la impecable y absoluta perfección de un estilo que, a su manera, es un maravilloso mármol esculpido por soberano artista de la prosa. Y es aquel religioso esmero de la forma, el torturante esmero de la corrección y exactitud literaria lo que suelo no hallar en éstas por lo demás tan hermosas y elocuentes páginas. Algunos desvíos gramaticales, no pocas ineficaces repeticiones de vocablos, ciertas disonancias, palabras de puro remplissage vienen a empañar el lustre de sus inspirados cuadros, escenas y diálogos; algún superfluo detalle retiene al lector, ansioso y arrebatado por seguir hasta su final el abarcante relato.

Menudos pormenores éstos, pero de ellos, sin embargo,

5.

resulta la perfección suprema de una obra. Empero, distinguida se-
ñora, no se afate ni afane Ud. por ellos. Debe consolarla pensar que son,
¡ay! poquíssimos quienes se alcan a esas alturas que un antiguo, apli-
cándolas a otra materia llamaba "sapiencia templa serena", y com-
prender que, a despecho de ello, el libro suyo, creación de gran estilo,
es también obra de belleza que tanto la glorifica a Ud. como honra
a sus Compatriotas. Consciente de ello, proceda Ud. como el gran maes-
tro Hugo: enmiende las leves fallas de este libro escribiendo otros
aún más puleros e impecable, más resplandeciente, que tengamos
que aplaudirle y aún más celebrarlo sus lectores, el más sincero
y entusiasta de los cuales, no lo dude Ud., es su ab. ss.

PATRIMONIO DE

Stgo. 14/I/1946.